

30
G

el
FILM
de
HOY

CUPIDO
E UNIFORME

HARRY LIEDTKE
ERI BOS

JACOBY, Georg

Año 1

Número 27

EL FILM DE HOY

Publicación semanal de argumentos de películas modernas

Director: FRANCISCO-MADRO BISTAGNE

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis

BARCELONA

Liebe in Uniform, 1932

CUPIDO DE UNIFORME

Opereta cinematográfica, interpretada por HARRY
LIEDTKE, ERY BOS, etc.

Es una exclusiva

STAR FILMS

(A. MALLA y M. GAMBOA)

Balmes 108

BARCELONA

Postal Regular: DOLORS DEL RIO



Prohibida la
reproducción

Cupido de uniforme

Argumento de la película

La fábrica de chocolate de Teodoro Kobler celebraba el centenario de su fundación. Con tan fausto motivo el señor Kobler y su esposa daban una fiesta de sociedad a la que asistía una concurrencia distinguida.

Uno de los altos empleados de la casa se llegó de pronto al señor Kobler y le dijo en voz baja:

—Succede algo terrible. La casa Cacao Shulze se niega a prorrogarnos los pagarés y tenemos que buscar medio millón para pagarlos.

—Busque usted.

—¿Pero dónde?

—Si logro casar a mi hijo con la hija de mi competidor Roland, con su dote podríamos pagarlo todo.

—¡Ah, en tal caso...!

Pero Gustavo, el hijo de los Kobler, protestó:

—¿Casarme yo? Voy a consultar con Milli.

—Tú no te mueves de aquí.

Gustavo hizo un gesto de rebeldía. Quería hablar con Milli, otra de las invitadas, muchacha pobre con la que él venía sosteniendo un "fiat".

De pronto dejóse oír el zumbido de un avión y Kobler, con aire satisfecho, exclamó:

—En ese avión va la única hija de mi competidor que me trae la felicidad. Esta es la solidaridad de nuestra industria. Juntos luchamos, juntos nos festejamos.

Del avión descendía una bella muchacha que se llamaba Lia y era la hija del comerciante Roland.

Milli murmuró al oído de Gustavo:

—Si empiezas a flirtear con ese ganso volador de chocolate, va a ocurrir aquí una desgracia.

Lia saludó a los señores Kobler y a varios de sus invitados.

Estrechó la mano del teniente Fink, antiguo amigo suyo que se hallaba allí con el capitán Wedel, apuesto mozo al que no interesaban demasiado las mujeres.

El señor Kobler presentó también a Gustavo y Lia sonrió cordialmente al verlo.

—Ya nos conocemos del último Congreso de la Industria. Desde nuestro tango es un ested el tema preferido de mamá.

En tanto, el capitán Wedel se acercaba con varios oficiales al fabricante de chocolates y le decía:

—Señor Kobler, le traigo la felicitación de nuestro coronel, al que tengo el honor de representar.

—Muchas gracias.

—Y sentimos no poderos quedar mucho rato en su fiesta. Pero es que tenemos que celebrar otra fiesta esta noche.

—¡Ya, ya! Una fiesta. Con damas, ¿no?

—Sin damas.

—Pues yo creo que en una fiesta sin damas no puede haber demasiado interés.

—Esto es cosa de gustos.

Lia, que estaba conversando con Fink, se fijó en aquel capitán que tenía como una sonrisa despectiva para todo.

—¿Quién es ese militar que habla con el señor Kobler?

—Es el capitán de nuestro escuadrón.

—Parece interesante.

—¡Si usted supiera! Pero dicen que jamás ha sentido el menor interés por las mujeres.

—Quizás no ha encontrado la verdadera.

—O quizás la ha encontrado demasiado.

—Tiene usted que presentarme este ejemplar.

—¿Que yo le presente a este enemigo de las mujeres?

—Sí, porque es el primer enemigo de las mujeres que cruza por mi camino.

—Bueno, pero no admito ninguna responsabilidad.

Se dirigieron hacia el capitán a quien Kobler informaba:

—Estoy orgulloso, Wedel, porque por mediación de mi hijo estaré en relación con el ejército.

—¿Es oficial su hijo?

—No. Va a ser soldado. Tenía que presentarse esta noche.

Fink presentó al capitán Wedel y otros oficiales a Lia. El capitán estrechó con frialdad la mano de la rica heredera. Hombre dado únicamente al amor de su carrera después de haber vivido con intensidad varios amores femeninos ingratamente correspondidos, no existía para él ningún encanto de mujer.

Lia, coqueta por naturaleza, sintió rebelarse su alma al notar aquella indiferencia.

—¿A usted no le interesa la aviación, capitán?

—Por ahora encuentro más seguro el automóvil.

Y dejando a Lia fué a departir con el señor Kobler.

Muy humillada, Lia se quejó a Fink:

—Pero esto no es un hombre, es una nevera.

—Ya se lo había advertido.

—Le falta encontrar a la verdadera mujer y entonces nada le quedará de este odio a las mujeres.

Llamaron al teniente Fink y Lia fué a reunirse con Gustavo. Ella conocía las intenciones de su padre y del señor Kohler de casarla con el heredero de los chocolates rivales, a fin de fusionar los dos negocios. No le entusiasmaba esta idea. Conocía a Gustavo y no le inspiraba amor, sino una fraternal amistad.

—No parece usted muy entusiasmado, Gustavo.

—Ni usted tampoco.

—Dígame, ¿es que verdaderamente está usted conforme con casar el chocolate Ro con el chocolate Ko?

—Le diré...

—Pues yo no quiero casarme. Cuando me case ha de ser por verdadero amor y no por chocolate.

—Lo mismo me pasa a mí, Lia. Además tengo en otra parte un amor.

—¡Por nuestra amistad sin chocolate Ro ni chocolate Ko!

Los Kohler vieron a lo lejos como entrechocaban sus copas y creyeron que ya todo estaba arreglado. ¡Magnífico! Las dos casas se iban a unir y formarían la industria más importante de la nación.

* * *

La hija del burgomaestre de la población se había empeñado en cantar un himno al chocolate Ko, pero era el caso que estaba tan emocionada ante la perspectiva de cantar, que temblaba como una azogada.

Era ya el momento de salir y ensayaba haciéndolo cada vez peor.

—Esto es el choro... esto es el choco... Papá, se me atraganta el chocolate y no paso de aquí.

Salió a cantar, pero apenas hubo comenzado las primeras estrofas, tuvo que retirarse entre las apagadas risas de los invitados.

El señor Kohler al enterarse tuvo un gran disgusto.

—Ahora hemos anunciado ya esta canción. ¿Quién la cantará?

—Yo—dijo Lia, alegremente.

—¿Conoce usted la canción?

—No, pero cantaré la de la fiesta del chocolate de mi papá.

—¿Irás bien?

—Ya lo creo. Sólo hay que decir chocolate Ko en vez de chocolate Ro y no hablar más de la competencia.

Lia pidió a Gustavo su frac y recogiendo su cabello hasta

el extremo de parecer un hombre, se dispuso a cantar la canción.

Poco antes habían marchado el capitán Wedel y sus amigos, pues no querían estorbar el gozo del arte, según comentaron barlones.

Hicieron mal en marcharse porque la canción valía la pena. Lia era graciosa, insinuante y la música pegadiza y alegre.

Aplausos sinceros coronaron la obra de la improvisada artista. Pero Lia, al recibir después la felicitación de Fink, el único oficial que se había quedado en la fiesta, le dijo:

—¿Por qué se han marchado el capitán y sus oficiales?

—El capitán celebra todavía una fiesta esta noche. Es el cumpleaños de su Amanda.

—¿Su Amanda? ¡Vaya qué enemigo de las mujeres!

Y una ráfaga de celos le deslumbró.

—Yo no he querido marcharme sin felicitarla. ¿Sabe usted qué parece un verdadero muchacho?

—¿De veras?

Sonrió Lia y agregó impulsada por graciosa idea:

—Entonces lléveme a la fiesta del capitán.

—Pero si es una fiesta de hombres.

—¿No parezco yo un hombre?

—Sí, pero...

—Si me aprecia usted, hágame este favor...

—Bien. La llevaré a usted.

Gustavo en su habitación y en pijama, se paseaba nerviosamente. De pronto llamó Milli.

—Pero, ¿por qué no sales?

—Imposible. Lia no me ha devuelto aún el frac.

—Pues queríamos aún ir a bailar.

—¡Pues si no es un baile de pijama!

—Date prisa. Ponte cualquier cosa.

En tanto Lia hablaba con su doncella.

—Nadie sabrá que me he marchado. Tú te quedas en este cuarto y si alguien llama dices que te dejan dormir.

Marchó Lia acompañada del teniente Fink y sin que nadie se diera cuenta de su ausencia.

Gustavo llamó poco después al cuarto destinado a Lia. Venía en busca de la ropa. La doncella, disimulando la voz, alegó que estaba muy cansada para abrirle.

Milli, la amigueta de Gustavo, sorprendió a éste llamando y le recriminó llevándose disgustada de allí.

Pero tan pronto él pudo librarse otra vez de Milli corrió al cuarto de Lia llamando de nuevo.

La doncella le abrió por fin.

—¿Qué busca usted, señor Gustavo?

—Mi frac.

—La señorita Lia se ha marchado con él.

—Entonces si que tendré que ir al baile tal como estoy—suspiró nervioso.

* * *

Fink y Lia llegaron a la casa del capitán Wedel donde estaban reunidos muchos militares.

—Con tu permiso he traído a un joven amigo—le dijo Fink.

—Muy bien hecho.

Y Wedel saludó a Lia que vestida con su traje varonil producía una perfecta impresión de muchacho delgado, fino y elegante.

—Me parece recordarle. Yo le he visto a usted antes.

—Creo que no.

—¿No estaba usted hoy en la fiesta?



—Yo le he visto a usted antes.

—Sería mi hermana.

—¿Su hermana?

—Sí. Lia. Yo soy Gustavo.

El teniente Fink corroboró aquellas palabras, temeroso de que fuera todo a descubrirse.

Wedel recordó.

—Dígame, ¿no tenía que ingresar esta noche en el cuartel?

—Mañana, capitán.

—¿Ya le recibirán bien mañana?

—No tengo miedo alguno — contestó sonriendo alegremente.

—¿Sabe que tiene usted un parecido asombroso con su hermana?

—Bonita muchacha, ¿verdad?

—No me he fijado.

—Se comprende — agregó con ironía.

Wedel presentó el nuevo amigo a los demás oficiales, quienes no sospecharon tampoco que se encontraba una adorable mujer bajo el frac.

—Ahora — dijo Wedel alegremente —, vamos a ver a Amanda, que es su cumpleaños.

Lia se sentía vivamente interesada por el capitán, con el interés de las mujeres que aman al que las desdén, y murmuró a Fink:

—Voy a hacer un disparate con esta Amanda.

Salieron todas cantando y se dirigieron hacia las cuerdas donde había una magnífica yegua.

—¿Me permiten presentarles? — dijo Wedel riendo —. Nuestra festejada, la señorita Amanda.

Todo el mundo se echó a reír y Lia no pudo contener una exclamación de grata sorpresa.

—¿Esta es Amanda?

—Esta es Amanda.

—¡Felicidades!

Muy alegremente cantaron todos un himno a aquella yegua fiel, mucho más fiel, repetían en la canción, que las mujeres... Y tras de haber pasado delante de la noble bestia que parecía agradecer a cabezadas el singular homenaje, volvieron a los salones, donde corrió el champaña con una abundancia generosa.

—Brindemos por el caballo siempre fiel.

Lia dijo con intrusión:

—Y la mujer, ¿no?

—Hasta ahora no he encontrado ninguna que lo sea—dijo Wedel.

—Pues yo sí.

Aquella salida les hizo gracia y como "Gustavo" era el más joven de todos, comenzaron a reírse de él.

—El "baby" es especialista en mujeres. Pero espera, que ya caerás.

Y cantaron cada vez con mayor brío:

La dicha es infiel

La dicha es infiel

Viene y se va en una noche...

El vino seguía animándolo todo, poniendo chispas de luz en las inteligencias.

Lia, no acostumbrada a ello, comenzó a sentir los efectos del mareo...

Había subido sobre una mesa y empezó a decir mientras dirigía dulces miradas a Wedel:

Señores: quiero hacerles un discurso.

—¡Muy bien!

Señores: aquí se ha hablado mal de las mujeres y eso no es de caballeros. ¿Quién embellece nuestras vidas? La mujer. ¿Quién es fiel como el oro? La mujer. ¿Y a quién llevará en brazos el capitán?

—Tengo curiosidad por saberlo—dijo el aludido.

—A mí.

Y abrazándose a él, a punto estuvo de derribarle.

Lia vivía ya fuera de la realidad, más marcada cada vez. Tenía Fink por ella, por si se descubría el engaño.

Lia, demasiado poquita cosa para todas aquellas libaciones, quedó semidormida.

Wedel, conmovido, dijo:

—A este pobre niño le ha hecho daño el champán. No puede salir así de casa. Que descanse aquí hasta mañana.

Fink pretendió oponerse, pero no le valió, pues todos escoltando a Wedel llevaron a Lia, ya inconsciente, a una de las habitaciones del piso.

Depositó a la joven sobre una cama turca y la arropó cuidadosamente.



—... quiero hacerles un discurso.

—Vamos a dormir, pequeño calavera.

Lia se agitó un instante.

—Quiero ir a mi camita.

—Sí, sí, pequeño. Mañana por la mañana. Anda a descansar.

Y salieron de puntillas a tiempo que Fink volvía a suplicar al capitán:

—¿No sería mejor llevarlo a su casa?

—¿En este estado? Su mamá se desmayaría. ¡No, no, que duerma!

* * *

Los señores Koble se dieron cuenta más tarde de la desaparición de Lia.

Interrogaron a la doncella de Lia que confesó:

—Se marchó. He oído que le decía al teniente Fink: No sea tan colando. El capitán no nos comerá por eso.

—Voy a ver al capitán. Comienzo a estar escamado. ¿Qué habrá hecho esa Lia? Y Gustavo tampoco está.

Al poco rato se encontraba en casa del capitán Wedel donde a la sazón acababan de marcharse casi todos los oficiales.

Wedel sonrió muy campechano al verle.

—Seguramente quiere usted hablar con su hijo, ¿no?

—¿Mi hijo está aquí?

—Sí... sí... pero está... está... brindando por una dama...

—¡Oh, sabe brindar muy bien!

—Se le ha subido el éxito y los aplausos a la cabeza.

—Es hijo mío...

Apareció el teniente Fink y saludó con torpeza a Koble, quien le preguntó:

—¿Está aquí también la señorita Lia Roland?

—Sí... también, pero...

Koble le miró sorprendido.

—¿Qué quiere usted decir también? ¡Ah, ya comprenda! Lia y Gustavo juntos, ¿no? Lo ha hecho usted muy bien, Fink.

Y saludando a los dos militares les dijo:

—Capitán, no quiero molestar más. Hasta la vista, señores, que se diviertan.

Y marchó convencido de que la boda iba pronto a ser un hecho porque Lia y Gustavo estaban juntos... y eran los mejores amigos del mundo.

Wedel preguntó a Fink qué significaban aquellas frases que no entendía, y el teniente contestó con una excusa, temeroso de confesar toda la verdad. Y no queriendo permanecer allí más tiempo, por miedo a nuevos compromisos, se despidió del capitán.

En tanto Lia, medio borracha, se había levantado de la cama tibia y había ido al lavabo para beber un vaso de agua. Pero bebía en un vaso al que le faltaba el fondo.

Muy nerviosa, Lia llamó varias veces a su doncella en la semiconsciencia de su embriaguez y luego, viendo que era imposible beber, salió del lavabo, pero en vez de dirigirse a su cuarto se fué involuntariamente al dormitorio del capitán y se echó a dormir sobre una piel de oso que había al pie de la cama.

Wedel entró poco después y sonrió al ver allí a su amigo que desvariaba bajo los efectos del vino. Escachó con atención sus frases.

—Deja a esa tonta de Amanda y ven conmigo.

Y acariciando la barbilla del oso, continuó:

—¡Qué mal te has afeitado hoy!

Sonriente, Wedel la levantó en brazos—pesaba como una

pluma y la puso en la cama. Dormía, no se daba cuenta de nada.

Al desabrocharle el frac y la camisa, quedó inmovilizado de estupor al descubrir que tenía ante él... una mujer.

Entonces pareció comprenderlo todo y ya no le cupo la menor duda de que aquella mujer era la propia Lia, la que había visto en la fiesta.

La besó con suavidad y murmuró:

—Querías dominar al enemigo de las mujeres, ¿no? Pues espera, niña de chocolate.

* * *

Era al amanecer. Un cabo estuvo en casa del capitán y habló con el asistente de éste.

—Vengo a buscar al pequeño fabricante de chocolates para arrestarle, pues no se presentó en el cuartel.

—¿El pequeño Kohler?

—Sí.

—Tienes suerte, pues ha pasado la noche en la cama de mi capitán durmiendo la mona. Pero cuando se le haya pasado, el capitán me ordenó ponerlo de patitas en la calle. Creo que ya es hora de que vayamos a despertarlo.

—Opino lo mismo.

Se dirigieron al cuarto del capitán donde despertaron a Lia que dormía aún en el mejor de los sueños.

—¿Que buscan ustedes en mi cama?—protestó la joven cubriéndose rápidamente con el frac.

—Su cama, ¿eh? ¡Esta es la cama del capitán!

—Usted es Gustavo Kohler, ¿no?

—No.

—Lo es usted y además desertor.

—¿Yo?

—He de llevarlo a usted al cuartel.

—¿A mí? ¿Dónde dice usted?

—Lo llevaré al regimiento del capitán Wedel.

Lia sonrió. Enamorada del capitán precisamente por sus desdenes, le alegraba la idea de volver a estar con él.

—En efecto, soy Gustavo—dijo—. Vamos al cuartel.

—Es usted razonable.

—Se dirigieron al cuartel donde un sargento, tipo algo brutal, estaba riñendo a los reclutas.

—Los botones tienen que brillar tanto que en la obscuridad hay que poder leer el periódico—decía.

El asistente del capitán detalló al sargento lo ocurrido con "Gustavo" y el sargento avanzó hacia Lia, a la que consideraba un verdadero señorito gandul.

—Me parece que lleva usted una vida demasiado espléndida. Ya le haremos cambiar aquí. A ver, a la ducha.

—¿A la ducha?—contestó horrorizada.

—Para que te limpies.

—Pero si ya voy limpio.

—Sí, sí. Lo que entendéis por limpio vosotros. Amiguito, entre los militares la limpieza es diferente. Ni una sola mancha, ni delante ni detrás.

Lia estaba asustada. Mas por suerte en aquel momento se presentó el capitán Wedel que deseaba hacer sufrir un poco a aquella mujercita burlona. Había dado orden para que

la llevasen al cuartel. Además le había parecido sugestiva e interesante y por primera vez experimentaba él cierta inclinación hacia una mujer.

Viendo que Lia lloriqueaba preguntó lo ocurrido y sonrió comprendiendo la causa de aquel temor.

—Por hoy le perdonaremos la ducha—dijo condescendiente—. Y deseé que le guste la vida de soldado.

—Lo espero.

Y su mirada fué apasionada y brillante.

—Bien. Ahora en seguida a vestirse.

Lia, entusiasmada de su propia aventura y preguntándose cómo iba ésta a acabar, se dirigió al vestuario, donde hurtándose a la vigilancia del sargento, se apoderó de un uniforme de oficial y se vistió con él.

Ella no quería de ninguna manera ir con ropas burdas, sino lo más elegantemente posible.

Se había propuesto rendir al capitán Wedel y dispuesta estaba a conseguirlo.

* * *

Gustavo había estado de baile con su novia Milli y con varios amigos durante toda la noche. Ahora, ya muy de mañana, sus alegres acompañantes le despidieron a la puerta del cuartel donde él debía ingresar.

Todavía bajo los efectos del alcohol, abundantemente liado, entró en el cuartel donde al enterarse de que era un recluta y al verle en aquel estado de semiembriaguez, acordaron darle primero que todo una ducha. Después ya averiguaron su personalidad.

Lia se presentó más tarde al sargento, quien al verla con el uniforme de oficial la recriminó con gran dureza.

—A quitártelo en seguida... Y luego a la cuadra a lavar los caballos. ¿Pero qué te has creído que es eso?

Lia tuvo que obedecer a regañadientes y después fué a los establos y tuvo que dedicarse a la tarea, poco simpática, de cepillar los caballos. Le daban cierto respeto aquellos animales desconocidos que relinchaban amenazadores, pero poco a poco fué calmada su inquietud.

Mientras efectuaba su labor, acertó a pasar el teniente Fink.

—¿Usted aquí? Lleva el juego demasiado lejos. Lo ruego regrese a su casa.

—Ni pensarlo.

—Hágame este favor.

Entró el capitán Wedel y Fink, dispuesto a confesar la verdad para librarse de responsabilidades, dijo a tiempo que Lia sonreía picarescamente:

—Mi capitán, este recluta...

Ya lo sé—contestó impidiéndole la frase—. Es Gustavo Kohler. Ya me lo presentó usted anoche.

Fink tuvo que marcharse y el capitán contempló unos momentos como ella con cierto aire burlón estaba realizando aquel menester.

Luego le gritó con severidad:

—¡Quite la basura!

Obedeció Lia, sonriendo y deseando que el capitán siguiera fijándose en ella. Y Wedel iba poco a poco sintiéndose admirado por la fuerza de voluntad de aquella mujer.

En tanto Fink encontraba en un patio del cuartel al auténtico Gustavo Kobler que había conseguido huir de la ducha.

—¡Santo Dios! ¿Tú aquí, Gustavo? Dime cómo has venido...

—He ingresado.

—¡Buena la hemos hecho! No te dejes ver por nadie...



...después que el capitán siguiera fijándose en ella.

—¿Por qué?

—No digas nada. Obedece.

Obedeció Gustavo, sin comprender las causas de aquella determinación, y el teniente salió a una explanada donde a la sazón se encontraba el capitán Wedel enseñando a montar a unos reclutas.

—Mi capitán, el recluta Gustavo Kobler...

—Sí, está allí—dijo señalando la cuadra vecina.

—No, no, ése no es Gustavo.

—¿Su hermano?

—No. Es que sólo hay un Gustavo.

Sonrió el capitán.

—Creí decías eran dos.

—Es que ése es falso.

—¿Qué dices?

—Te ruego que me ayudes como amigo, capitán. Aquí hay un lío y...

Wedel pegó un golpecito a la espalda del apurado teniente.

—No me vengas con historias y hazme el favor de guardar silencio.

En tanto, el asistente del capitán encontraba al verdadero Gustavo Kobler que, siguiendo las instrucciones del teniente, procuraba ocultarse todo lo posible.

—¿Ahí estás? ¿Cómo te llamas?

—Gustavo Kobler.

—¿Cómo Kobler? ¿Qué frescura! Yo conozco bien a Kobler. Ha dormido hoy en casa de nuestro capitán.

—¿Yo en casa del capitán?—protestó Gustavo—. ¿Tan horracho estaba que no sé dónde he pasado la noche? Tendré que preguntárselo a Milli.

—Sí, Ya te darán a Milli. Ya verás cuando el sargento se entere.

Este no tardó en aparecer y le riñó severamente.

—¿Por qué te marchaste de la ducha?

—Tengo miedo al agua.

—¿Y tú quieres ser soldado?

—Sí.

—¿Cómo te llamas?

—Gustavo Kobler.

—Gustavo Ko... Tú estás borracho. Necesitas una ducha fría.

—Pero si soy Gustavo Kohler.

—Lo sabremos en seguida. Vete a buscar a Kohler.

Obedeció el asistente y se dirigió al lugar donde estaban hablando Fink y el capitán. El teniente había puesto en antecedentes a Wedel de todo lo ocurrido y éste se reía complacido del lance.

—El sargento desea que suba en seguida el recluta Kohler, pues arriba hay otro Kohler.

—¿Todo está perdido?—murmuró Fink—. Si van a ponerlos uno frente a otro, va a descubrirse la verdad.

Lia, que había estado allí cerca escuchando aquellas palabras, consideró que la cosa se agravaba y que era preferible escapar de allí. Y montando a caballo huyó rápidamente del cuartel, no sin que el capitán se diera cuenta de ello, por lo que, montando a su vez en su alazán, partió rápido como una centella en persecución de aquella codemoniada muchacha.

Instantes después llegaba al cuartel el señor Kohler, quien venía a preguntar por Gustavo, y le enteraron de que el recluta Kohler se acababa de fugar a esballe hacía pocos momentos.

—Pero ¿es que se ha vuelto loco? ¿Qué sucederá? Voy a ver...

Y en automóvil, tomó por el camino por donde había huido Lia.

El potente motor pronto acortó las distancias y entonces pudo distinguir el fabricante que Lia era la que montaba a caballo.

Vió también, casi cerca de ella, a un joven vestido de militar, y aunque no le vió la fisonomía, pensó que era seguramente Gustavo.

—Lia, ¡Oh, esto son cosas de ella! Debe querer ayudar a Gustavo. ¡Magnífico! Todo ello va mejor de lo que al principio me figuraba.

Lia, rendida, cayó al suelo, cerca de un molino. El capitán Wedel corrió seguidamente a su encuentro y, levantándola cariñosamente en brazos, le preguntó:

—¿Se ha hecho usted daño?

—Un poco.

—¿Algo dislocado?

—Sí, pero...

—¿Dónde le duele?

—¡Ah!... ¡Oh, no puedo andar!

Apenas se había hecho daño, pero experimentaba una gran satisfacción al ver al capitán tan cariñoso, tan atento con ella y anhelaba, con vanidad femenina, verle rendido a su poder.

Como ella siguiera quejándose, Wedel rogó al molinero les dejase entrar en el molino, a lo que el hombre accedió, manifestándole que tendrían que quedarse solos, pues él tenía que ir a la ciudad.

En tanto, el señor Kohler había hecho detener el automóvil cerca de allí y esperaba los acontecimientos.

Wedel y Lia entraron en el molino.

—¡Ay, ay, ay!—suspiraba ella falsamente.

Wedel sonreía. Magnífica fuerza de voluntad la de aquella mujer, que a pesar de su sufrimiento no desmayaba en su comedia.

—¿Le duele mucho? ¡Oh, tendremos que inspeccionar el pie!

—Más tarde, más tarde...

Y envolviéndole en una mirada cariñosísima, agregó:

—Dígame, capitán, ¿siempre cuida usted así a sus reclutas?

—Siempre.

Se miraron fijamente, atraídos el uno hacia el otro por una misteriosa voluntad.

Webel se asomó un momento a la ventana y vió un auto, el de Kobler.

—Allí hay un coche—dijo—. Podría llevarnos al cuartel.

—No. Todavía no. Ya pasarán otros. Tengo mucha sed.



—¿siempre cuida usted así a sus reclutas?

—Me podría facilitar un poco de agua?

Con mucho gusto.

Kobler, en tanta, había hablado con el molinero, al que había adquirido unas botellas de licor, poniéndolas luego en la ventana, con un letrero que decía:

Para que los besos sean más dulces, regalo a los chicos dos botellas de licor.

Sin decir nada, guardóse la misiva y fué con las botellas al lado de Lia.

—[Qué atento es el molinero! Unas botellitas de licor no vendrán mal.

Lia rió y bebió alegremente... Al propio tiempo siguió envolviendo al capitán en miradas femeninas, suaves... Y Wedel iba sintiendo que el licor ponía en su alma una necesidad de descubrirlo todo... Aquella criatura era adorable por su gesto, por su audacia, por su valor... A él le venía una mujer así...

Llamaron en aquel momento al teléfono, situado en el cuarto contiguo. Era un cliente del molinero, que le hacía un pedido de harina.

El capitán tomó nota y luego la vista del teléfono le sugirió la idea de llamar al cuartel.

El sargento acudió al aparato.

Wedel quería poner tierra al asunto de Lia. Estaba seguro de que la aventura iba a terminar de un momento a otro y no quería poner ninguna duda ni escándalo sobre el apellido de los Kobler.

—Oiga, sargento... Aquí ha ingresado hoy un recluta con nombre falso.

—Ya lo sé. Dice que se llama Gustavo Kobler.

Sin fijarse en que se refería al verdadero Gustavo, continuó:

—El recluta es una chica. Ha sido todo ello debido a una pequeña borrachera. Procure que no haya escándalo sobre el asunto.

Pero en aquel momento cortóse, por un accidente, la comunicación telefónica, y el embrollo permaneció en el aire sin resolverse.

Y el sargento hizo comparecer ante él a Gustavo, al

que, por las indicaciones del capitán, tomó por una muchacha.

—Siéntese usted, señorita.

—¿Por qué me llama señorita?

—Porque lo es.

—Mi sargento, no bromee.

—¿Cree usted que estoy para bromas? Suerte tiene de no ser hombre.

—¿Que no soy hombre? —dijo en el colmo de la indignación—. ¿Que no soy hombre? Pueden preguntárselo a Milli...

Pero el sargento y varios soldados comenzaron a hacer toda suerte de mofitas a Gustavo, que se desesperaba al ver que dudaban de su hombría.

—¡Pero si no soy mujer! Pueda probarse.

Nada de coquetearías, señorita...

Y siguió donosamente la burla hasta que le concedieron permiso para ausentarse.

* * *

En tanto, en el molino, el capitán había vuelto al lado de Lia y le acariciaba otra vez el pie.

—El pie se está hinchando. Veamos si le quito el zapato.

—No, gracias.

—Hay que inspeccionar el pie.

Y quitándole el zapato, descubrió el capitán que Lia llevaba una suave media femenina.

Enrojeció Lia, temiéndose descubierta.

—¿Cómo? —dijo Wedel sonriente—. Mi recluta lleva medias de seda...

—Sí...

—¡Y qué pequeñito es el pie para un recluta!

De pronto, ella le preguntó:

—¿Por qué me ha seguido usted hoy?

—¿Por qué vino usted anoche a mi casa? —le preguntó a su vez.

—Tenía curiosidad por conocerle.

—¿Sólo por eso?

Enrojeció más y más Lia.

—Sólo por eso.

—¿No fué una ligereza?

—No...

Wedel la miró fijamente.

Vamos, acabemos ya. Anoche mismo descubrí que era usted una muchacha.

Lia se puso en pie, bajo el fuego de la emoción.

—¡Ah!

—Le sorprende, ¿verdad?

Recobrando pronto su serenidad, Lia dijo alegremente:

—¿Conque sabía usted que era una mujer? Y, sabiéndolo, ha venido hasta aquí, interesándose, persiguiéndome... ¡Magnífico! No podía suponer que el enemigo de las mujeres estuviera tan pronto rendido a mis pies.

Wedel arrugó el entrecejo.

—¿Pero esto es un plan preconcebido?

—Sí —dijo queriendo humillarle y ocultando su amor—.

Y la revancha por el miedo que me ha hecho pasar en el cuartel.

Wedel se consideró burlado.

—No creía que lo de usted fuese una broma. Ni que pensaba vengarse de esta manera. Adiós, señorita.

Y sin querer escuchar sus razones, se alejó de allí, mientras Lia, al verle marchar, sentía deseos de llamarle, pues se había enamorado de él.

Al salir, se encontró Wedel con el señor Kobler, quien se enteró de lo ocurrido.

—¡Maldita sea! ¡Y para eso he gastado tanto dinero! ¡Oh, lléveme inmediatamente a casa, chofer!—protestó el fabricante.

Y no quiso siquiera ver a Lia.

* * *

Por la noche, en casa de los Kobler, se presentó el representante del cacao Shulze, en compañía de un alguacil, que venía a embargar los bienes de los Kobler por las enormes deudas contraídas.

La señora Kobler hizo decir al señor Shulze, por medio de un criado, que no procediera al embargo, pues era seguro el próximo matrimonio de Gustavo con Lia, la hija del riquísimo fabricante rival, con lo que la situación financiera quedaba salvada.

—Antes de una hora están aquí Gustavo y Lia... Lo ha telefonado el señor Kobler. Tenga usted un poco de paciencia.

Accedió finalmente el señor Shulze.

Poco después llegaba Kobler, quien daba cuenta a su mu-



...acababan de besarse...

jer de la triste realidad y de que lo de la boda se esfumaba.

—Pues es horrible. Está esperando Shulze. Nos va a embargar, si se entera.

—¿Y qué quieres que haga? Estamos en la quiebra.

En aquel momento entraron Gustavo y Milli, que acababan de besarse con transportes de verdadero amor.

—Papá, me acabo de prometer con Milli.

—Buen momento has buscado. No lo consiento.

El señor Shulze, cansado de esperar, entró en la estancia y vió a Gustavo y a Milli que se besaban ante los estupefactos padres.

Tomando a Milli por la hija del famoso chocolatero rival, avanzó hacia ellos, alegremente.

—¿Oh, magnífico, magnífico! Conque la señorita es la del chocolate, ¿no? El corazón se me ablanda. Prorrogaré por tres meses los pagarés. Ahora mismo voy a extender el escrito.

Callaron todos y Gustavo hizo una seña a Milli para que no protestase. Convenía el equívoco para la felicidad general.

Poco después llegaba Lia a la casa, en compañía del teniente Fink.

—Estoy disgustada—explicaba la muchacha—. Me figuré que él me amaba. Pero es igual. Mi orgullo está herido.

—No ha sido muy delicado con usted. ¿Por qué no le escribe?

—¿Yo? ¿A ese arrogante? No. Yo me marchó. Que le haga feliz su cuadrúpeda Amanda.

Con un gesto desdenoso, entró en la estancia donde estaban los Kohler con Shulze.

Inocente de lo que ocurría, avanzó hacia ellos y dijo:

—Querido señor Kohler, mi avión está a punto de partir. No se disguste usted y perdone al chocolate Ro.

Shulze dudó.

—Pero ¿es que usted es...?

—Yo soy la hija del señor Roland. Lia Roland.

—¡Entonces, me han engañado ustedes, miserables! He

sido víctima de una farsa. Voy a romper ese documento de prórroga.

Todos estaban anonadados. Pero Lia, riendo, pidió aquel papel, que decía:

Estoy conforme en prorrogar por tres meses los pagarés.

Y, muy generosa, escribió al pie:

Con mi garantía. Lia Roland.

—¿Les basta esto?

—Oh, de nul amores!

Kohler avanzó hacia Lia, emocionado:

—¿Cómo le habré de agradecer...?

—Mi papá siempre deseaba la fusión de las dos fábricas y eso viene a ser lo mismo. Casarnos, no... pero nuestras relaciones comerciales serán excelentes. Adiós, señores.

Y despidiéndose de todos, marchó de la casa, contenta de haber hecho el bien y de haber labrado la felicidad... aunque para ella no existiera.

Marchó directamente al aeródromo, y en el momento en que iba a elevarse, se presentó el capitán Wedel, que dió tales excusas a Lia y le expuso tan sinceramente su dolor, sus sentimientos y el interés que sentía por ella, que... Lia lo creyó.

Y allí mismo la besó el capitán, prometiéndole que la amaba con toda su alma y riñiéndose al eterno femenino...

Y Lia no había perdido el viaje... No con Gustavo, pero sí con el hombre que era el verdadero amor, se iba a casar... Y se sintió la más feliz de las mujeres.

F I N

Números publicados:

1. LA EMISORA FANTASMA, por Ralph Forbes.—2. PORQUE TE QUIERO, por Nancy Carroll y John Bales.—3. DURO DE PELAR, por James Cagney, Mary Brian.—4. CENTRAL PARK, por Joan Blondell, Wallace Ford.—5. ASÍ ES BROADWAY, por Ginger Rogers, Joan Blondell, Ricardo Cortez, etc.—6. EL DEMOLEDOR, por Jack Holt.—7. LA DAMA DEL AVIÓN, por James Murray, Evelyn Knapp, etc.—8. PALACIO FLOTANTE, por George Brent, Zita Johann, etc.—9. SE NECESITA UN RIVAL, por George Arliss, etc.—10. EL ABUELO DE LA CRIATURA, por Stan Laurel y Oliver Hardy.—11. ¡HOOP-LAI!, por Clara Bow, Richard Cromwell, etc.—12. NOCHES EN VENTA, por Herbert Marshall, Sari Maritza, etc.—13. MADISON SQUARE GARDEN, por Thomas Meighan, Marion Nixon, etc.—14. ¡HOLA, HERMANITA! por JAMES DUNN, BOOTS MALLORY, etc.—15. LA LEY DEL TALIÓN, por Spencer Tracy, Claire Trevor, etc.—16. MURALLAS DE ORO, por Rosita Moreno, Norman Foster, etc.—17. LA LOCURA DEL DÓLAR, por Walter Huston, etc.—18. POR UN BESO, por Georges Milton, Tanja Fedor, etc.—19. CIVISMO, por Charles Bickford, Richard Arlen, etc.—20. EL PRECIO DE LA INOCENCIA, por Jean Parker, Willar Mack, etc.—21. SÁBADO DE JUERGA, por Gary Grant, Nancy Carroll, etc.—22. JIMMY Y SALLY, por James Dunn, Claire Trevor, etc.—23. ALIAS LA CONDESA, por Alison Skipworth, Richard Bennett, etc.—24. A LA SOMBRA DE LOS MUELLES, por Claudette Colbert, Ben Lyon, etc.—25. PERDONE, SEÑORITA, por John Gilbert, Robert Armstrong, etc.—26. FALSA ACUSACIÓN, por Richard Tolmadge, etc.

EDICIONES RISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS

TELEF. 18841 - BARCELONA